

Por Roberto Mangabeira Unger

Harvard Law School, [Cambridge](#) , [Massachusetts](#)

(Noviembre de 2009)

La Tarea

España es hoy un país sin un proyecto capaz de aprovechar su potencial. Existe un proyecto dominante en España, articulado por las elites y por los partidos. Pero es un proyecto que no sirve, porque no guarda relación íntima con las características más importantes y fecundas de la sociedad española. España, un país relativamente pequeño, se está convirtiendo, por culpa de la falta de imaginación de los que ocupan el poder, en un pequeño país. En un país que, al dejar de hablar con una voz diferente dentro de Europa, esta perdiendo contacto con las fuentes de su propia originalidad.

España podría, y puede, ser un gran país. Existe un proyecto alternativo que aprovecharía, tanto desde el punto de vista práctico como moral, aquello que distingue a su sociedad y a su cultura. Lejos de contradecir su compromiso con Europa, esa alternativa proporcionaría una alternativa para todos los europeos. Permitiría además a los españoles transformar en fuerza contemporánea la personalidad histórica de la nación.

Esa alternativa no tiene nada de radical en sus métodos. Ninguno de los elementos que la componen es desconocido. Su implementación, eso sí, cambiaría el país para siempre. La corriente política que la incorpore a su programa obtendrá el triunfo más importante para gobernar el país.

Pero existe un problema. Ese proyecto exige, más que ideas, un espíritu de ambición y de inconformidad al que el país parece que ha renunciado. ¿Cómo se puede conseguir sin tener que pagar el precio de las calamidades que marcaron en el siglo pasado la historia de España y Europa?

La Paradoja

La tarea nace de una paradoja. La estrategia europea y mundial urdida por las elites españolas parece más apropiada para otro país. Para la España de hoy, es una aberración.

España es en la actualidad un país relativamente igualitario. No quiere decir que no continúe siendo, como todas las democracias contemporáneas, una sociedad de clases en la que la aleatoriedad del nacimiento influye de manera poderosa en las oportunidades de cada persona. De igual manera, no se puede negar que no persistan muchas formas de pobreza, dependencia e injusticia. Sin embargo, tiene relativamente pocos pobres, al igual que pocos ricos. El significado de este hecho trasciende cualquier medición aritmética de las grandes desigualdades de renta y de riqueza.

La presencia dominante en el país es una clase que goza de una prosperidad modesta y sólida, al igual que una relativa independencia económica y política. Llamarla clase media tiene poco sentido, ya que más que media es la ampliamente mayoritaria. Son las otras clases las que son clases extremas.

Esta clase mayoritaria incluye a una pequeña burguesía tradicional, de tiendas y negocios pequeños, pero sólo como uno de los muchos segmentos que la componen. Abarca también segmentos de la nueva economía del conocimiento, pero sólo como otro de estos segmentos. La gran mayoría de esta clase transita en un mundo de servicios técnicos y profesionales dentro y fuera de las grandes empresas.

Puede parecer extraño para un español oír esto. En un aspecto social profundo, el Reino de España ya es una república de iguales. El problema es que estos iguales no están de hecho en el poder (aunque la clase política se reclute entre ellos), ya que el proyecto que las elites políticas y empresariales están ejecutando no está dirigido principalmente a este grupo mayoritario. Este proyecto es una alianza ajena a los intereses, los valores y la personalidad de

la nación.

Esta alianza se basa en el mercantilismo plutocrático, falta de imaginación y de escasa promesa, conducido con igual ahínco por los dos principales partidos políticos, por las grandes empresas y por los que intentan hablar por toda la nación, empezando por el Rey.

Sucedió de la siguiente forma. Cuando España se liberó de la dictadura y se integró en Europa, cuando comenzó a asimilar el modelo productivo y social ejemplificado por las naciones europeas más libres, prósperas y prestigiosas, el país encontró el espacio europeo atrancado por los países que ya estaban al frente. Dirigió, entonces, sus energías y sus recursos hacia fuera de Europa. A Europa le quiso dar ejemplo de austeridad y realismo en la gestión pública. Para ello, buscó mercados y oportunidades en el resto del mundo, sobre todo en América Latina, con quien tenía vínculos de familia y de idioma.

Las elites de la política y de los negocios se dedicaron a dos campañas: a la campaña de los contables y a la campaña de los aventureros.

Los contables, responsables de la gestión de las cuentas públicas, trataron de mostrar que España se había convertido en un país de sensatos, capaces de equilibrar gastos e ingresos, tanto en la vida pública como privada, y de no vivir por encima de sus posibilidades. A los contables se les delegó la misión de satisfacer las obligaciones impuestas por la Comunidad Europea, y de conseguir que el país sea independiente de la ayuda que la Comunidad provee.

Los aventureros intentaron expandir la oportunidades de ganar dinero conquistando en el mundo los mercados que faltaban - porque ya estaban ocupados o saturados - en Europa. Todo sucedió como si fuese Corea del Sur otra vez, sólo que mejor, porque hubo más transparencia, más legalidad, más democracia y más educación. Los ultra-coreanos europeos pasaron a discutir, lejos de los periódicos y las calles, cómo hacerlo bien y ganar dinero en el mundo. Dinero para ellos es, supuestamente, dinero para el país. A la concertación política, que posibilitó la transición a la democracia, ha seguido la concertación económica. Ésta tiene una parte de la que se habla - respecto a los salarios, impuestos y servicios públicos -, y una parte apenas susurrada - sobre los nuevos mercados a penetrar y sobre los proyectos extranjeros a adquirir.

Todo muy gentil, casi de guante blanco. Negociaciones duras y amplias entre grandes empresarios, o entre éstos y el gobierno, levantarán mapas del mundo. Y no faltarán, entre políticos notables y realeza, los intermediarios para conducir y sellar los acuerdos.

Antes de elaborar las críticas al plan elaborado conjuntamente por los contables y por los aventureros, conviene anticipar la crítica básica contra ellos. El plan elaborado tiene sorprendentemente poco que ver con España, con esa sociedad de iguales, libres de pobreza y de ignorancia, pero lejos del poder, que representa hoy a la mayoría de la nación, al igual que la naturaleza social y moral del país. Fue como si en la cima, en los salas de juntas y en los palacios, se hubiese articulado un plan imperial, adaptado a los imperativos de una economía de mercado, sin la necesidad de consultar de cerca los intereses y las necesidades de los españoles.

Ya aconteció antes en la historia española, sólo que en una dimensión mayor y más trágica. Una aventura imperial dejó a la nación atrás, hasta que la aventura acabó podrida. Se trajo oro, pero no profundizó en España el poder de generar riqueza y conocimiento, ni se volvieron más densas y generosas las asociaciones entre los españoles y España. Por eso acabó en ruina.

Ahora todo es diferente. No hay conquistadores con mentes llenas de fervor. Tan sólo hay ejecutivos con imaginaciones reducidas. Y no habrá ruina, aun cuando la aventura sub-imperial comienza a quedarse atrapada. Los españoles de hoy, al contrario que sus antepasados, continuarán cómodos. Queda por determinar si ésta es la solución o el problema. Tal vez sea sólo el comienzo de otra salida para el país, más capaz que la actual estrategia nacional, de reconocer la España que puede llegar a ser.

El Desvío

El terreno privilegiado para la implementación del plan de expansión económica de España en el extranjero fue América Latina. De hecho en Brasil, España ha pasado a ser el mayor inversor extranjero, por encima de Estados Unidos. Hay dos errores en este proyecto expansionista: uno, superficial; el otro, más profundo. Los dos están ligados.

La crítica inmediata es que la estrategia de inversión, a pesar de estar formulada por un conjunto de intereses y liderazgos, nunca superó un oportunismo contraproducente. En

muchos países latinoamericanos de hoy, las empresas españolas son vistas con desconfianza. Estas compañías se caracterizan por una falta de compromiso con los países que las acogen, manifiestan una falta de esfuerzo para hacer más densos los vínculos con las economías locales y transferir tecnologías y conocimientos, y una falta de compromiso con la gente, que se traduce en seguir manteniendo el control de los puestos directivos en manos de españoles y de una falta de preocupación con las cualificaciones de los nacionales. Es una actitud que se reduce a entrar, ganar dinero y mandar el dinero de vuelta.

La disposición de los países latinoamericanos para tolerar este mercantilismo miope de las empresas españolas está disminuyendo rápidamente. Muchos de estos países luchan contra un desequilibrio en sus cuentas externas. Buscan una manera de combinar la sustitución de importaciones con una ampliación de exportaciones. Quieren unir los mercados formales e informales de trabajo, y dar a una mayoría marginada acceso a conocimiento, tecnología, crédito y mercados. Saben que sin equipar a los desfavorecidos no conseguirán moderar las desigualdades. Precisan de socios, no de aprovechados. Convendría que los aprovechados se transformasen en aliados.

Las empresas de telecomunicaciones, por ejemplo, tienen la oportunidad de producir y difundir en provecho de las pequeñas y medianas empresas y de las sociedades emergentes servicios y tecnologías simplificadas. Es preciso aprender a dotar de instrumentos de comunicación a redes de empresas que compartirán recursos en cuanto compitan las unas con las otras. No basta reproducir lo que se hace, o lo que se hacía, en Europa. Es preciso innovar. En construcción civil, hay una obra gigantesca de reconstrucción de las periferias urbanas en sociedad con los gobiernos locales y con las comunidades. Existe una demanda de nuevos materiales y de nuevas técnicas. En las operaciones de comercio exterior, hay necesidad de *"trading companies"* para organizar la producción de las exportaciones de las empresas de nivel medio, que representan la parte más dinámica e innovadora de las mayores economías latinoamericanas. En el sector financiero, en el que los bancos españoles ocupan una posición de tanta relevancia, hay una enorme demanda reprimida de acceso al crédito y a la financiación.

Todos los países latinoamericanos sufren, en mayor o menor medida, de escasez de crédito: en vez de financiar a los que producen, los bancos en América Latina se encargan de financiar al Estado. De ahí la importancia de que los bancos amplíen los servicios bancarios al crédito para la masa trabajadora (estadísticamente más diligente en el pago de deudas que sus conciudadanos más ricos), y de bancos que trabajen para financiar y asesorar actividades productivas en vez de servir apenas como agentes de los rentistas.

Tales tareas están llenas tanto de riesgos como de oportunidades. Exigen nuevas formas de asociación entre el Estado y la iniciativa privada. Y prometen generar no sólo beneficios, sino también alianzas y conocimientos.

Pero nada de esto puede suceder en las empresas Españolas, que continúan operando de una modo neo-mercantilista. ¿Es por un exceso de inmediatez? ¿O es por falta de imaginación y de capacidad?

El resultado práctico es la precariedad, tanto económica como política, de su actuación. El flujo de oro puede parar de repente, dejando un gran vacío en España.

Si la precariedad de la nueva aventura imperial es la primera crítica a presentar contra el neo-mercantilismo, la crítica más básica es la falta del vínculo orgánico de la estrategia mercantilista con la sociedad española y con aquello que la define: la gran clase de los españoles hacendados, informados e independientes, dentro y fuera de el grupo asalariado. Es como si el proyecto neo-mercantilista no tuviera nada que ver con ellos. Alguna empresa aquí y allí, en alguna Compañía de Indias. Pero, fuera de eso, una gran división, venenosa en una democracia, entre lo que preocupa a los ciudadanos y lo que absorbe la atención de gran parte de las elites.

Las dos críticas están ligadas. Si cambiaran el rumbo fuera del país, y se lanzasen a la obra que he descrito, el gobierno de España y las grandes empresas españolas crearían las condiciones para aprovechar mejor su potencial dentro de Europa. Tendrían cómo satisfacer mejor las necesidades y aprovechar los talentos y las energías de la mayoría. El inicio de esta reorientación del proyecto nacional español daría una base más sólida a otra forma de inserción de España en la economía mundial. Los independientes, espectadores del mercantilismo, pasarían a ser participantes de la transformación.

Europa

No se puede pensar en el futuro de España sin pensar en el futuro de Europa. Y una verdad difícil pero inevitable es que no hay dentro de Europa un modelo que España deba seguir. Al contrario, a Europa le hace falta España para ayudar a crear un modelo mejor.

¿Cuál es, reducido a sus términos más simples, la trayectoria reciente de la socialdemocracia europea? Reduzcamos el sistema dominante en la Europa occidental de la posguerra a una media institucional, dejando al margen las diferencias importantes entre los principales países europeos y evitando el estilo apologético y congratulatorio que contamina el debate de Europa sobre sí misma. Constatemos que este sistema europeo ostentaba los siguientes atributos fundamentales. Juntos, componen aquello que se llegó a llamar el modelo renano.

El primer par de características tienen que ver con la protección de los *"insiders"* contra las inestabilidades del mercado. Una parte de los trabajadores disfruta de trabajos estables, protegidos contra la volatilidad del mercado de trabajo; los otros -los *"outsiders"*

- quedan condenados a la inestabilidad. Los directivos de las empresas quedan también protegidos contra la inestabilidad del mercado de capitales, gracias a la relación de propiedad entre empresas o entre empresas y bancos que suprimen la creación de un mecanismo de control accionario.

Un segundo par de aspectos surgen de la relación entre gobiernos y empresas.

Los gobiernos apoyan a las pequeñas y medianas empresas contra las grandes empresas y la competencia extranjera. Y toleran el control familiar de las empresas y hasta el nepotismo anti-meritocrático en todas las escalas de producción.

Un tercer par de atributos se relaciona como arquitecra institucional de la economía política. Los gobiernos nacionales lideran la negociación entre los grandes intereses organizados de los trabajadores y del capital respecto a los ajustes salariales y el reparto de costes y beneficios de la economía política. Finalmente, un alto nivel de prestaciones sociales por parte del Estado - sobre todo en el área de jubilaciones, educación y sanidad - se mantiene gracias a un alto nivel de impuestos. Este mecanismo tributario depende en gran parte de impuestos indirectos, y por tanto regresivos, del consumo (sobre todo a través del IVA), y en mucho menor medida a través de la tributación directa y progresiva del consumo, de los ingresos y la riqueza de los individuos. Lo que se pierde en progresividad por el lado de ingresos tributarios, se gana por duplicado del lado del gasto social del Estado. La tributación regresiva financia el gasto público redistribuidor.

La trayectoria reciente de la socialdemocracia europea se resume en una retirada hacia líneas más defensivas. Las primeras cuatro características serán sacrificadas para el mantenimiento de la quinta y la sexta, o de las primeras cinco para preservar la última. A fin de cuentas, lo que sobra marcha en la dirección de la flexibilidad económica, a imagen del modelo americano de organización económica, pero manteniendo a la vez niveles más altos de beneficios sociales, al igual que sustentando un grado de tributación más elevado que lo tolerado en Estados Unidos. Este compromiso social viene a veces acompañado por un esfuerzo por mantener la negociación entre los intereses organizados del país, aunque no siempre sea así. Este avance selectivo de la socialdemocracia -descrito por sus apologistas como la síntesis entre la flexibilidad económica de los americanos y la protección social de los europeos- es el residuo práctico de la tercera vía de Blair y Schroeder.

La tercera vía representa menos una reconciliación entre flexibilidad económica y protección social y más un sacrificio de la segunda a la primera. No existe en ningún país europeo un ejemplo exitoso de esa síntesis que España pueda seguir. Estudiar las causas de esta laguna es descubrir que las dificultades no están apenas en la falta de buenas soluciones. Están también en la definición defectuosa del problema.

Las sociedades contemporáneas, sobre todo las más libres y ricas, pueden hacer mucho más que humanizar la eficiencia. Pueden democratizar el mercado, capacitar a los individuos y generalizar la experimentación en todas las áreas de la vida social. Pero sólo se podrá conseguir si comenzamos a innovar en las instituciones que definen la democracia, el mercado y la sociedad civil. El conservadurismo institucional limita, debilita y va contra la esencia de la democracia social. Como cualquier construcción humana, necesita ser reinventada para mantenerse viva.

En vez de buscar entre los países europeos una síntesis ejemplar e inexistente, es más beneficioso aprovechar las lecciones de dos experiencias contrastadas: el caso de Irlanda y el de Suecia. Representan hoy dos polos opuestos en Europa: ambos prósperos, pero ninguno de los dos merecedor de ser tomado como ejemplo para España o para Europa.

Irlanda ofrece un ejemplo de un país que avanza cuanto puede en la dirección de apertura económica según el modelo preconizado por Estados Unidos. Se ha transformado en una plataforma de producción y exportaciones de multinacionales americanas para la comunidad europea, aprovechando una mano de obra cualificada, relativamente barata y de habla inglesa. Fortalece el poder de decisión de los ejecutivos y de los inversores en perjuicio de los derechos de los trabajadores, aunque en menor medida para los trabajadores más privilegiados. Se tolera un nivel más bajo de ingresos públicos de lo que es norma en Europa.

Irlanda ha sido en los últimos años el país que más ha crecido de Europa. Pero el crecimiento viene a un precio y con unas condiciones que un país como España no debe, y tal vez no puede, aceptar. Parte del precio está en el incremento de la desigualdad y en la imposibilidad de moderarla sin unos ingresos públicos mucho mayores. La industria de alta tecnología continúa siendo, como en la mayoría de las sociedades contemporáneas, una isla sin puentes para otros sectores de la economía. Parte del precio está en el abandono del esfuerzo por movilizar los ahorros nacionales y para estrechar sus vínculos con el sector productivo. La consecuencia de este abandono es acentuar la vulnerabilidad del país a choques y a los ciclos externos al igual que la negación de los medios para iniciar una estrategia propia de desarrollo.

No es éste el camino adecuado para un país como España, que tiene una estructura social relativamente igualitaria a preservar y una conciencia, aunque adormecida, de su potencial para hablar con una voz inconfundible dentro de Europa.

Suecia presenta el ejemplo de contraste, al tratarse de un país europeo que renuncia a sacrificar el compromiso social al imperativo económico. A pesar de su compromiso social, o por causa de éste, ha conseguido recuperar en años recientes un crecimiento rápido de la economía, al igual que la creación de una de las industrias de alto conocimiento y alta tecnología más vigorosas del mundo. Comprender este fenómeno es desvelar el vínculo entre los límites económicos y las limitaciones morales y sociales de la socialdemocracia actual.

Imaginemos la economía sueca, en una simplificación radical, como si tuviese tres sectores: la vieja economía, la nueva economía y la economía de los servicios sociales. La vieja economía es el sector de las industrias y servicios tradicionales. Compite con dificultad en la economía mundial de hoy. La nueva economía es la del conocimiento y la tecnología. Demuestra un vigor extraordinario en la Suecia de hoy. La economía de los servicios sociales es el sector de las personas que cuidan las unas de las otras: por ejemplo, en guarderías infantiles, asilos de ancianos y otras formas de asistencia. Ésta ha sido la fuente de mayor creación de empleo, cuya gran mayoría ha sido ocupada por mujeres pagadas por el Estado. Nada muy diferente ocurre en los tres sectores que el resto de los países de la comunidad, salvo que de manera más exagerada.

El mecanismo básico del funcionamiento de este sistema consiste en imponer a la nueva economía - la fuente cada vez más importante de riqueza- la carga de financiar a los otros dos sectores: no sólo pagando los empleos de la economía de servicios sociales sino además también financiando los costes sociales excedentes y los subsidios ocultos de la vieja

economía. Es una operación insostenible.

Insostenible por razones económicas: un coste cada vez mayor recae sobre una base que continúa siendo estrecha y que lucha para escapar los controles del Estado nacional y del fisco. Insostenible, sobre todo por razones morales: el cimiento social se reduce casi al envío cheques por correo. La sociedad se desintegra en mundos diferentes que se alejan aún más de lo que se apartaron en la sociedad de clases del siglo XIX. Nunca iguales en el modelo de vida, los participantes de estos mundos se vuelven, con todo, más extraños los unos a los otros.

La corrección tendría que comenzar con tres iniciativas. La primera iniciativa sería un conjunto de medidas económicas y educativas que ampliasen el acceso social a participar en la nueva economía. La segunda iniciativa consistiría en desarrollar un repertorio de formas descentralizadas, experimentalistas y participativas de sociedades a ser creadas entre el Estado y la iniciativa privada. Este tipo de sociedades tendrían por objetivo derribar las barreras entre la vieja y nueva economía y generalizar la práctica de una competencia cooperativa y de innovación permanente. La tercera sería un esfuerzo para transformar la participación en la economía de los servicios sociales con responsabilidad de todos. Bien por estímulos voluntarios, bien a través de una prestación social obligatoria, todos tendríamos, en principio que participar simultáneamente en la producción de bienes y servicios y en la organización práctica de la solidaridad social.

Estas iniciativas tendrían, a su vez, que florecer en unas circunstancias marcadas por la combinación de elementos de democracia directa y de democracia representativa, y por el desarrollo de la vida asociativa. Una visión práctica de nuevas oportunidades de engrandecimiento del individuo tendría que persuadir a los jóvenes de que ser ciudadano de un Estado pequeño no significa estar condenado a una vida pequeña: la radicalización del experimentalismo democrático dentro de un país correspondería a una apertura para la integración en el mundo.

Una política que siguiese esa trayectoria sería el verdadero centro de la política europea. No se confundiría con el falso centro representado por la "tercera vía", ni con el encogimiento del legado histórico de la socialdemocracia. Hoy ese centro está vacío. No hay en toda Europa ejemplo creíble de lo que pueda significar.

Pero hay un país que tiene todas las condiciones para ocupar ese centro vacío, en provecho de Europa y de la humanidad. Ese país es España.

La Política

Existe un programa que permitiría a España aprovechar el potencial económico y moral de su estructura relativamente igualitaria, tan rica en pequeños emprendedores, de profesionales y de ciudadanos independientes. Este programa comienza y acaba en la creación de un nuevo tipo de política para cuya práctica España está bien cualificada. Lo que falta en el país son líderes, tanto políticos como de pensamiento, que no se dejen intimidar por los prejuicios y por los intereses de la plutocracia mercantilista y de la tecnocracia conservadora que están, de manera conjunta, dirigiendo el reino.

Existen dos tipos de política en la historia de las sociedades modernas. Hay una política revolucionaria que busca (pero casi nunca alcanza) la substitución de todo orden institucional existente. Esta política es conducida por líderes intransigentes y por mayorías movilizadas. Tiene fuerza en condiciones de guerra o de colapso económico.

Y hay una política rutinaria, de negociaciones al respecto de cómo repartir costes y beneficios. Esta política es negociada entre los grandes intereses organizados de cada país, aunque lo hacen en nombre de las mayorías desorganizadas. Opera cuando la sociedad está libre de grandes crisis y calamidades.

En la actualidad la política española representa un ejemplo típico de política rutinaria. La desaparición de grandes diferencias entre los principales partidos es vista como señal de modernización y madurez, en vez de ser interpretada como prueba de que el país dejó menguar su capacidad de imaginar y de escoger su futuro. Pasó a depender de la supervivencia a las crisis para forzar una vía a alternativas nacionales.

Un cambio profundo de rumbo exige la creación de un nuevo tipo de política: una política transformadora que se oponga tanto a la política revolucionaria como a la política rutinaria. Este tercer tipo de política cambia la estructura institucional del país, pero lo hace de una forma gradual y cumulativa. Combina la negociación entre los intereses organizados con la movilización de las masas desorganizadas. Y prescinde de las crisis como precondition para el cambio.

Como todas las otras partes de un proyecto que tiene como objetivo profundizar la democracia, de democratización del mercado y de capacitación de ciudadanos y trabajadores, la creación de una política transformadora depende de innovaciones institucionales. Innovaciones que faciliten el compromiso cívico, combinando aspectos de democracia directa con características de democracia representativa, y que transformen el régimen parlamentario y la descentralización administrativa y comunitaria en medios para facilitar la práctica frecuente de reformas y la multiplicación de experimentos sociales.

La formación de una política transformadora no es sino apenas una parte entre otras de un proyecto de cambio democratizador y experimentalista. Ocupa, en tal proyecto, un lugar central, ya que describe una práctica y una idea de la que todo el proyecto depende. Culmina en instituciones. Pero comienza con una manera de pensar y hacer.

Las formas tradicionales de pensamiento político, tal y como han predominado en la España moderna, siempre han tenido la idea de que el cambio en las estructuras o en las instituciones siempre va asociado a la concepción fantasiosa y peligrosa de una revolución sistemática: todo cambia de una vez, para que el cambio pueda ser real y profundo. El apego al gradualismo siempre ha estado asociado al abandono del esfuerzo por reimaginar y reconstruir las instituciones. La política transformadora combina estas categorías de manera diferente: asocia el gradualismo a la transformación de las instituciones. Persigue un cambio que es estructural en el contenido, pero que es implementado de manera gradual, fragmentaria y acumulativa.

La transformación es una trayectoria, no un plan preestablecido. Aprendiendo a pensar así, nos liberaremos del falso dilema que inhibe el pensamiento programático contemporáneo. Toda propuesta alejada de la realidad actual acostumbra a ser descartada como utópica, aunque interesante. Toda propuesta próxima a lo que ya existe es desmerecida como trivial, aunque viable. Pero la proximidad a lo existente no puede ser el criterio del realismo político, y la distancia de lo existente no puede servir como credencial de profundidad en la crítica y en la construcción. Lo que importa es la dirección del cambio. La dirección tiene que ser vista tanto en los pasos inmediatos a tomar como en los desarrollos más distantes y dudosos. El análisis problemático de los intereses en juego y de la visión profética de las alternativas nacionales tiene que converger para hacer posible el pensamiento programático al servicio de la política transformadora.

Una alternativa

La alternativa transformadora que España necesita para realizar su potencial de democracia igualitaria y creadora tiene cinco grandes vertientes: democratización del mercado, capacitación de los trabajadores y de los ciudadanos, organización de la solidaridad, profundización de la democracia y búsqueda de un papel ejemplar en el mundo.

LA DEMOCRATIZACIÓN DEL MERCADO. El problema para España no es: ¿más o menos mercado? Es qué tipo de economía de mercado, y en base a qué reglas e instituciones. La tarea es democratizar el mercado, descentralizando radicalmente el acceso a las oportunidades económicas y profesionales, y atenuando las barreras entre los sectores más avanzados y los más atrasados de la economía española.

La masa de ciudadanos independientes, que es hoy el centro de gravedad de la democracia española, transita en la actualidad, en su mayoría, entre el antiguo mundo de una pequeña burguesía tradicional o de una alta burguesía profesional, y el nuevo mundo de la alta tecnología y de la innovación permanente. No es posible ni deseable transformar a toda esa mayoría laboriosa en una elite tecnológica. Pero lo que se puede y se debe hacer es asegurarle los instrumentos para producir, innovar y prosperar en las condiciones de una economía europea del siglo XXI.

Está surgiendo en el mundo una nueva forma de producción y de trabajo. Se caracteriza por la atenuación de las divisiones entre actividades de supervisión y de ejecución, por la combinación fluida de la cooperación y de la competencia dentro de las empresas y entre empresas (una competencia cooperativa), por la redefinición de productos y servicios en el curso de la propia experiencia de producir y de dar servicio y, de forma más general, por la transformación de la producción en práctica de aprendizaje colectivo.

Esa forma de producción se fortalece fácilmente en islas encantadas de avance, como los *Silicon Valleys* del mundo, donde cuenta con condiciones especiales. Sólo sobrepasa las fronteras de esos sectores avanzados cuando el Estado ayuda a crear las condiciones indispensables: sobre todo, la capacitación de las personas, en la escala necesaria para los mercados y, por tanto, para la producción, y el acceso al crédito, al conocimiento, a la tecnología y a los mercados.

Para asegurar esas condiciones donde faltan, es preciso superar la elección entre el modelo americano de un Estado que apenas regula a las empresas de forma distanciada, y el modelo del nordeste asiático de un Estado que formula, de manera centralizada y burocrática, políticas

industriales y comerciales. Es preciso instaurar una sociedad descentralizada, experimental y participativa entre el Estado (tanto el gobierno central como los gobiernos locales) y los productores privados.

En la práctica significa que el gobierno nacional y los gobiernos comunitarios necesitan crear una amplia red de fondos y de centros de apoyo para ayudar a los emprendedores emergentes, a las pequeñas empresas y a los equipos de profesionales y de técnicos. Esos fondos y centros de apoyo serían administrados de forma independiente y competitiva, y tendrían tres tareas principales.

La primera tarea es la de hacer el trabajo de un *"venture capital"* (o inversión en proyectos emergentes) social o público, movilizando, en carteras de inversión compatibles con la diversificación del riesgo, una parte del ahorro nacional, incluso del ahorro de previsión, para la inversión productiva. Es la mejor forma de ampliar el margen de maniobra de la economía española y de asegurar la predominancia de una cultura de productores e innovadores sobre una cultura de rentistas.

La segunda tarea consiste en generalizar para toda la economía una experiencia con éxito en tantos países de "extensionismo agrario": la ayuda que el gobierno presta al emprendedor, facilitando su acceso al crédito, a las técnicas y a las tecnologías, ayudando a comercializar sus productos y servicios e identificando y difundiendo las mejores prácticas.

La tercera tarea es la de estimular a los emprendedores y a los equipos a formar redes de competencia cooperativa, gracias a las cuales se pueden compartir ciertos recursos y oportunidades, alcanzándose economías de escala, mientras que continúan compitiendo entre sí. De esa manera, empresas menores y más flexibles, o grupos que prestan servicios, consiguen alcanzar economías de escala sin abdicar de su independencia.

Detrás de esa visión asociativa entre gobiernos y empresas está una concepción del crecimiento económico. A corto plazo, lo que más importa para el crecimiento es la relación entre el coste de los factores de producción y las oportunidades de beneficio. A largo plazo, es el conocimiento y la capacidad de usarlo. Pero a medio plazo, es la capacidad para cooperar y, sobre todo, para desarrollar una práctica cooperativa que sea más hospitalaria a la innovación.

Ésa es la esencia de la idea de generalizar el experimentalismo productivo: introducir instituciones que permitan a España obtener ventaja de su alto nivel de cualificación e igualdad. Para eso no bastan las formas tradicionales de propiedad privada aislada.

Vista desde otro ángulo, la propuesta describe una de las bases posibles para una dinámica de expansión económica que permita a la economía pasar de un equilibrio más bajo a uno más alto sin caer en una espiral inflacionaria. Quiebra las barreras a la oferta, ampliándose el acceso a los recursos y a las oportunidades de producción. El aumento de la productividad y de la producción repercute, a su vez, en el fortalecimiento de la demanda.

El punto de partida, por tanto, está en una intervención progresista en el lado de la oferta, no de la demanda. La democratización del mercado encuentra su directriz en el fortalecimiento de las capacidades y de las oportunidades productivas. Esto es lo que distingue a esa propuesta del keynesianismo vulgar y tardío que, por falta de ideas más claras y fuertes, la socialdemocracia desorientada acostumbra e recorrer.

LA CAPACITACIÓN DE LOS TRABAJADORES Y DE LOS CIUDADANOS. La democratización del mercado y la profundización de la democracia exigen la capacitación de los individuos. Esa capacitación no es siquiera un fin para otros medios. Es también un fin en sí mismo. Más importante que cualquier rígida igualdad de recursos, o incluso de oportunidades, es el fortalecimiento del individuo y de sus capacidades. El engrandecimiento del hombre y de la mujer común es la doctrina central de la democracia y la fuente mayor de todas las riquezas. España ya es hoy, en muchos aspectos de su vida, una sociedad distinguida por una cultura de independencia, iniciativa y auto-ayuda, en la que son relativamente pocos los dependientes y excluidos. Por eso, el país está a punto para radicalizar el ideal de la capacitación.

Una de las maneras prácticas de hacerlo es generalizar gradualmente el principio de la herencia social: la garantía de todo ciudadano a obtener un conjunto mínimo de recursos, derechos y oportunidades que le permita ejecutar un plan de carrera innovador. Otra implicación sería un cambio no contenido de la enseñanza pública y de su relación con la vida de trabajo, sustentada por una reforma de las instituciones.

La socialdemocracia europea siempre privilegió la moderación de la inseguridad social y de la desigualdad económica por medio de transferencias fiscales: la tributación progresiva de la renta y de las herencias, y el gasto social redistribuidor. En sociedades más adelantadas e igualitarias, como España, esa técnica tradicional pasa a ser menos eficaz que la transferencia

de elementos de riqueza que transformen a cada ciudadano en copropietario de la riqueza colectiva. El objetivo no es igualar. Es capacitar. Es enriquecer la existencia de instrumentos con los que las personas puedan construir una vida de iniciativas.

El principio de la herencia social es asegurar a cada español un fondo básico que incluya un peculio en dinero. El ciudadano podría debilitar ese peculio en momentos cruciales de su vida: cuando comienza una familia y compra una casa, o inicia una nueva etapa de formación profesional, o abre un negocio. El fondo básico podría ser incrementado en dos situaciones opuestas: para compensar deficiencias especiales o para premiar capacidades especiales. Apenas representa una profundización de la descentralización de la propiedad que ya caracteriza a la sociedad española, pero se trata de una descentralización organizada y orientada al objetivo de equipar al individuo. Poco a poco, la herencia familiar debe ceder su lugar a favor de la herencia social, desmontando uno de los dos mecanismos principales por los cuales se reproduce una estructura de clases.

El otro mecanismo por el cual se reproduce esa estructura de clases es la transmisión, a través de la familia, de oportunidades desiguales de educación. Pero no es tal desigualdad de oportunidades lo que continúa siendo un problema en España; lo es el propio contenido de la enseñanza y su relación con la biografía del individuo.

La enseñanza española, como toda la enseñanza europea, mantiene hasta hoy un sesgo informativo y enciclopédico. En sus vertientes más refinadas, aún busca infundir el dominio de una cultura canónica. Para ser una sociedad más radicalmente innovadora, España necesita una enseñanza que forme innovadores. Esa enseñanza necesita ostentar, incluso en los primeros años de escolarización, las características de la educación universitaria más avanzada.

En vez de ser enciclopédica, necesita ser selectiva, ganando profundidad en un pequeño número de temas ejemplares. En vez de ser informativa, necesita ser analítica, enseñando al alumno a descomponer y a recomponer ideas, situaciones y cosas. Y en vez de ser autoritaria e individualista, necesita ser cooperativa, dirigida en pequeños equipos que pronto familiaricen al estudiante con la experiencia de movilizar lo conocido para alcanzar lo desconocido.

El objetivo es dominar en todos los campos las dos operaciones esenciales de una persona capacitada. La primera es saber buscar y utilizar las informaciones establecidas –usarlas, no memorizarlas. La segunda, más importante y difícil, es saber moverse en cada campo, en la

frontera entre aquello que ya fue comprendido o hecho (y que, por tanto, puede ser reducido a una fórmula o encarnado en una máquina), y aquello que todavía no lo ha sido y, por tanto, puede ser imaginado.

La educación de la juventud necesita continuar en la educación a lo largo de la vida. Debe, por tanto, formar parte de la herencia social el derecho a interrumpir periódicamente el trabajo a fin de pasar algunos meses en actividades de formación y de educación; formación en capacidades específicas y educación en capacidades genéricas.

Tanto la educación de jóvenes, como la educación de adultos, exigen el establecimiento de dos mínimos: un mínimo financiero de inversión por alumno, y un mínimo educacional de desempeño por unidad de programa. El gobierno nacional y el gobierno local deben asociarse en entes que vigilen la ejecución de esos mínimos, y que intervengan, de manera puntual y localizada, cuando dejen de ser atendidos. El ciudadano (o su familia) deben poder acudir al juzgado para provocar una intervención correctiva suplementaria cuando esa estructura administrativa malogre el cumplimiento de su tarea.

LA ORGANIZACIÓN DE LA SOLIDARIDAD. Cuidar de los otros, sobre todo de los jóvenes, de los mayores, de los enfermos y de los necesitados y vulnerables de todo tipo, no debe ser una responsabilidad exclusiva de una casta especializada. Debe ser responsabilidad de todos, y no sólo por la importancia y costo crecientes de esa tarea en las democracias ricas contemporáneas, sino también con causa en el efecto humanizador y unificador del trabajo social.

Es la manera más eficaz de asegurar que las personas se conozcan, y asuman responsabilidades las unas por las otras, superando las barreras que las dividen. Un acto de fuerza no hace que las personas se amen. Entretanto, las instituciones pueden multiplicar las ocasiones para que se conozcan. Pueden salvarlas de una situación en la que, participantes en mundos prácticos cada vez más separados, sólo se juntan -a distancia- en las fantasías de la cultura popular.

Densificar el vínculo asociativo sirve también para socializar las responsabilidades de la familia. Si hay un indicio revelador de la generosidad social, es el de la disposición a sacrificarse por los niños de los demás. Disposición que necesita ser cultivada en sociedades europeas como la de España, que corren el riesgo de vivir una implosión demográfica de graves consecuencias prácticas y morales. Una sociedad donde el egoísmo, el materialismo y la desesperanza

sofocan el deseo de tener hijos es una sociedad confusa y pobre en la virtud crucial de la vitalidad.

Todos los que sean física y mentalmente capaces deben participar simultáneamente en la producción y en los cuidados sociales. El día, la semana, o el año de trabajo deben ser organizados para facilitar esa combinación de responsabilidades. El trabajo social necesita ser compensado con parte del gasto social del gobierno central y de los gobiernos de las comunidades. Y puede servir para provocar la formación de nuevas asociaciones, con base territorial o sectorial, que organizarían la solidaridad práctica en cada localidad y en cada área de acción.

Las medidas que faciliten esa combinación deben ser complementadas con un servicio social obligatorio que sustituya, para la mayoría de los jóvenes, al servicio militar. Durante ese periodo, normalmente coincidente con el de su formación profesional, el joven viviría una experiencia de integración social. Y la viviría en un sector próximo al de la especialidad en la que se estuviera formando, y a su vez tan distante como fuera posible de la clase social y de la comunidad regional de la que proviniese.

LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA. La radicalización del experimentalismo práctico en todas las áreas de la vida española exige, como fundamento, la profundización de la democracia. En las condiciones de un país como España, profundizar la democracia significa no aceptar una vida pública caracterizada por un nivel bajo y episódico de movilización política de los ciudadanos. No permitir que, en ese ambiente de desmovilización, las políticas públicas degeneren en un cambalache de botines entre intereses. Crear instituciones políticas que faciliten la práctica frecuente de reformas estructurales. Y que permitan a los gobiernos y a las poblaciones de cada región desarrollar experiencias diversas de organización social. El horizonte de todas esas reformas es la creación de una democracia de gran energía, abierta a la política transformadora, y caracterizada por la combinación de trazos de democracia representativa con atributos de democracia directa. Ningún país europeo está mejor preparado que España para iniciar esta experiencia.

Dos tipos de innovaciones institucionales revelan el sentido de esos cambios: una, destinada a hacer de la participación política una extensión del experimentalismo práctico en la vida cotidiana; la otra, a transformar la autonomía local en motor para la producción de una genuina diversidad experimental, al servicio de la democracia española.

España no necesita ni debe tener que escoger entre instituciones que ayuden a despolitizar el país, separando la política de las actividades prácticas del día a día, de las instituciones que dependen de una concepción romántica de la política como actividad maestra de la vida humana. La política no debe ser una interrupción o una distracción; debe ser una continuación y una profundización del mismo experimentalismo que caracteriza a una sociedad innovadora y que distingue a sus ciudadanos capaces. Para ello, el país necesita dos foros colectivos mediante los que pueda dar soluciones colectivas a sus problemas colectivos.

De ahí la importancia de reformas que multipliquen las alternativas de propiedad de los medios de comunicación y amplíen el acceso gratuito a los mismos, en favor tanto de los partidos políticos como de los movimientos sociales. De ahí, también, la necesidad de yuxtaponer a los procedimientos de democracia representativa y partidista, la consulta plebiscitaria directa. Esa consulta debe versar sobre las grandes opciones programáticas y estratégicas del país, no sobre temas específicos ni aislados. En vez de confiar la política a las oligarquías partidistas, o de subordinar la formación de la voluntad colectiva a los métodos de una democracia plebiscitaria, España debe asegurar la coexistencia de esas dos maneras de hacer política democrática. Cada una desafiaría y corregiría a la otra.

El objetivo no es hacer que el compromiso político absorba una parte cada vez mayor de las energías y del tiempo de los españoles. Es garantizar que el mismo espíritu de experimentalismo práctico y sin prejuicios que ese programa quiere infundir a la sociedad pase a determinar la forma de definir, en política, el rumbo nacional. No es la revolución lo que se pretende. Es la banalización de la actividad reformadora. Es el esfuerzo para depender cada vez menos de las crisis como ocasiones indispensables para las reformas.

La reconstrucción de las relaciones constitucionales entre el gobierno central y las comunidades regionales puede servir al mismo propósito. Asistimos en todo el mundo a una explosión singular de animosidades étnicas y religiosas. Los pueblos se odian no por ser diferentes, sino porque, en la actualidad, las costumbres y las sensibilidades se parecen cada vez más, pero quieren ser diferentes. Las identidades colectivas se han vaciado de contenido concreto.

La voluntad colectiva de ser diferente sobrevive, aún más excitada, a aquel vaciamiento. De la impotencia colectiva ante la posibilidad de crear diferencias reales nace el resentimiento y el odio. La solución no es suprimir la voluntad de ser diferente. Es, por el contrario, volverla más productiva, y menos peligrosa, gracias al fortalecimiento de la capacidad de desarrollar diferencias de facto. Tal es el sentido profundo de las diferencias nacionales en un mundo de democracias: hacer consustancial a la naturaleza humana diferentes formas de organizar

institucionalmente la vida social y, de esa forma, desarrollar, en direcciones distintas, el potencial de la humanidad.

España es un país que vive este proceso de falsa diferenciación interna de forma frecuentemente odiosa y violenta. Mientras tanto, también es un país que lo tiene todo para reorientar ese proceso en una dirección propicia a la profundización de la democracia y a la radicalización del experimentalismo. La forma de enfrentar los peligros y las perversiones del falso regionalismo es la misma en España que en todo el mundo: equipar a la autonomía regional con mejores instrumentos para desarrollar diferencias reales y salvarla de la impostura, de la ilusión y, por tanto, también de la intransigencia a que está condenada una fe sin contenido.

Para ello, la capacidad de los gobiernos regionales para experimentar con modelos propios de organización económica y social necesita ser reconciliada con la responsabilidad del gobierno nacional de garantizar a todos los españoles los medios económicos y educativos de capacitación. Y el gobierno central tiene que poder asociarse con los gobiernos regionales en iniciativas y experiencias que no se destinen a generalizarse en el país. Si Europa no consigue cumplir su destino de diversidad, si bajo el lema de "tercera vía" se entrega a una convergencia empobrecedora de políticas e ideas, que España, llena de vida e idiosincrasia, le muestre otra forma de combinar la unión con la diversidad –diversidad verdadera, no narcisismo de pequeñas diferencias.

LA REORIENTACIÓN DEL PAÍS DENTRO DE EUROPA Y DEL MUNDO. Este programa permite y exige que España abandone la aventura elitista y miope del mercantilismo plutocrático y que encuentre una forma de inserción en Europa y en el mundo que sea más conforme con su estructura social, relativamente igualitaria.

No hay futuro en una estrategia que lleva a las grandes empresas españolas a hacer menos bien, y en escala menor, lo que hacen las multinacionales americanas. Al ayudar a instrumentalizar el nuevo proyecto interno, las empresas y los bancos españoles pueden, a su vez, transformar esa participación en fundamento de ventajas comparativas en la economía mundial. Por ejemplo, los bancos pueden especializarse en el desarrollo de nuevos productos financieros y nuevos servicios de monitorización para las redes de pequeñas empresas. Las industrias pueden desarrollar tecnologías y servicios capaces de difundirse sólidamente fuera del mundo de las grandes empresas y del gran capital. Y las empresas de "*trading*" pueden ayudar a organizar la producción y la comercialización de los proyectos modestos o emergentes que son el verdadero centro dinámico de economías como la de Brasil o de la India.

Europa prosperará en el siglo XXI como una civilización de experimentadores, en busca de invenciones e innovaciones, dentro y fuera de las grandes organizaciones empresariales. Las grandes empresas tienen un papel en ese rumbo. Y el Estado tiene la responsabilidad de trabajar tanto con esas grandes empresas como con las redes más fluidas o efímeras de proyectos menores o de profesionales, a fin de identificar y consolidar oportunidades en Europa y en el mundo. Se trata de una estrategia para la que se hallan mal preparadas las grandes economías europeas competidoras con la española, divididas entre un “fordismo” industrial tardío y decadente y un vanguardismo tecnológico de base social y económica aún estrecha.

Por más útiles que sean tales iniciativas, son subsidiarias de una reorientación fundamental. El desvío del mercantilismo plutocrático está errado en el contenido específico de la orientación económica que escoge. Por el contrario, lo correcto es reconocer que el avance de España dentro de Europa depende de la construcción de un lugar para España dentro del mundo. Por su naturaleza y por su historia, el país tiene vocación mundial y sus cuadros profesionales y técnicos no se pueden dejar reducir a la economía densamente poblada de Europa. Necesitan afirmarse en el espacio global, incluso para poder brillar en el espacio europeo.

La prestación de servicios, sobre todo de servicios de alto contenido intelectual, es el camino más prometedor para el encuentro de España con el mundo. Ese encuentro no debe ocurrir tan sólo a manos de grandes empresas. Por ejemplo, un equipo de prestadores de servicios, operando fuera de la protección de una gran empresa, necesita de un socio. Ese socio ha de ser el Estado español, actuando, indirectamente, a través de los mismos fondos y centros de apoyo sectoriales e independientes que ayudarían a democratizar, dentro del país, la economía de mercado.

Una nación de experimentadores, estudiando, actuando, e innovando en todo el mundo, y avanzando dentro de Europa como consecuencia de su avance en el mundo es lo que España puede y debe ser.

El agente

Este programa no cabe en el mapa tradicional de las divisiones entre derecha e izquierda. En un sentido, representa una reinención del socialismo. Así es, si se entiende por esencia del socialismo la gestión colectiva de los problemas colectivos. El programa, sin embargo, lleva

ese objetivo adelante sacrificando aquello que históricamente definió el proyecto socialista: el control por el Estado de los medios de producción. No se trata de un programa estatista.

En otro sentido, la alternativa que propongo es una radicalización del liberalismo. Sacrifica al esfuerzo para profundizar el valor liberal del engrandecimiento de la persona el repertorio institucional con el que el liberalismo clásico se identificó. Engrandece al hombre y a la mujer comunes para la construcción de una sociedad que les dé alas y brazos.

El punto esencial es el vínculo entre renovación de las instituciones y renovación del espíritu del país y de Europa. El experimentalismo democrático y la política transformadora proponen reorganizar la sociedad, como condición para realizar los objetivos prácticos y morales que están en el tronco de la civilización europea. No abandonan, sin embargo, el gradualismo como método, ni se resignan a aceptar crisis y guerras como detonadoras de los cambios.

Tanto los liberales como los socialistas confiaron en una convergencia necesaria, en una armonía preestablecida, entre las condiciones institucionales del progreso práctico -incluso del crecimiento económico- y las condiciones institucionales de emancipación y de engrandecimiento del individuo. Sus epígonos, defensores de la "tercera vía" y de la socialdemocracia institucionalmente conservadora, alientan el mismo dogma sin compartir la misma fe.

Tratemos de reavivar la fe y de descartar el dogma. La mejor manera de hacerlo es intentar descubrir las instituciones que nos permitirían aprovechar el área de intersección posible entre las condiciones de progreso práctico y las condiciones de emancipación y de engrandecimiento del individuo. El instrumento más importante es la innovación institucional. La creación de una nueva política transformadora es el imperativo más poderoso, como presupuesto y como producto de tales innovaciones. Ejecutar esa obra de un modo que aproveche el potencial de España como democracia asentada en una base de ciudadanos económica y culturalmente independientes, es el objetivo del programa que he esbozado.

No se puede decir que el programa sea equidistante entre la derecha y la izquierda. Encierra una reinterpretación de aquello que significa hoy, en las condiciones de un país como España, inclinarse hacia la izquierda. En esa reinterpretación desempeñan un papel central tanto la disposición para cambiar las instituciones como el compromiso de capacitar y engrandecer a las personas. Es conservador hoy quien acepta el entramado institucional establecido y el enmezquamiento de las ambiciones humanas en una sociedad complaciente y materialista

como la España actual. Según este criterio –radical sólo en el sentido de ir hasta las raíces– conservadores son, y lo han sido, los líderes de un partido como el PSOE. No sólo se rindieron a la "tercera vía", sino que también camuflaron su rendición fatalista con la destrucción de palabras usadas por hombres y por tiempos menos sumisos.

Nada equidistante entre derecha e izquierda, este programa es, con todo, equidistante de los dos principales partidos políticos españoles. Está igualmente alejado de los dos. Sin embargo, como se concentra en lo que hay de más poderoso en un país, que es el punto donde convergen sus oportunidades materiales y sus impulsos morales, lo tiene todo para acabar siendo el programa asociado a un proyecto de poder duradero en España. Gobernará el país por mucho tiempo la fuerza que asuma ese programa como suyo, y continuará gobernándolo, incluso cuando esté sentada en los bancos de la oposición. Pues definirá la agenda que todos procurarán seguir o ajustar.

Como casi todos los países europeos, España ha sido gobernada en las últimas décadas por hombres expertos y superficiales, movidos por tres ambiciones: ganar o mantener el poder, actuar en nombre de las ideas convencionalmente modernas y prestigiosas de la época, y ser tomados en serio por los americanos. Las dos últimas ambiciones determinan la forma en que procuran alcanzar la primera.

Lo que más impresiona de estos hombres es su falta de fuerza interior y de visión independiente. Toda España es responsable por haberse visto en ellos. Son pequeños los hombres que han gobernado la nación porque España, cansada y desilusionada, codiciosa y descreída, aceptó empequeñecerse. En esas figuras, el país dejó de respetar su vocación y violó su naturaleza.

El espíritu

Todo lo más vital de la historia y de la cultura de España tiene su origen en una dialéctica entre dos heroísmos, y en el combate entre esa visión doblemente heroica y los constreñimientos vividos por los españoles y por su país.

Está el heroísmo profano de la guerra, de la aventura, del imperio. Y está el heroísmo sagrado de la compasión y del Salvador. El segundo heroísmo libera de las ilusiones y de los males del

primero. Los dos heroísmos tienen en común un mensaje que cada gran español siempre llevó escrito en el corazón: sólo el sacrificio da fuerza y sentido a la vida y nos permite un toque de divinidad antes de morir.

El heroísmo profano de la guerra es, por otra parte, demasiado terrible. Recordando su pasado sanguinario, Europa pretende una paz perpetua. Y el heroísmo sagrado de la compasión es demasiado exigente, ya que es más fácil enfrentarse a muerte que amar a otro.

Falta una etapa intermedia, un puente entre los dos heroísmos. Por falta de ese puente, España, como toda Europa, cayó en una fosa: la fosa del materialismo, de la vulgaridad, del enmezquinamiento. Dio la espalda a las éticas de los dos heroísmos. Y sumergió su personalidad nacional en una Europa que decidió adormecerse bajo el mando de políticos y pensadores que hacen apología del destino y confunden el realismo con la aceptación de lo existente.

El puente que falta entre los dos heroísmos, etapa propia para la humanidad y para la España de hoy, puede ser elevado. Ése es el norte de la alternativa nacional que he esbozado. Pretende definir el puente donde convergen las oportunidades económicas y las ambiciones morales de la nación.

Es una forma menor, más próxima y prosaica de aquélla ofrecida por los dos heroísmos, de contribuir a la divinización de las personas. Por ello, responde al impulso más profundo de la democracia, que es el de dar oportunidades, instrumentos e inspiración a todos, sobre todo a todos los que quieran vivir de modo que mueran una sola vez, y no morir muchas veces un poco.

No se realiza tal programa tan sólo en el plano de las instituciones. También se realiza cambiando ideas y actitudes. El enriquecimiento y la democratización de España pueden estar asociados a una renovación de aquello que es más íntimo e importante en la manera de ser de los españoles.

España escapará al final de la elección entre la búsqueda de heroísmos inaccesibles y la rendición al materialismo y a la pequeñez. Encontrará una manera de ascender que convenga a las circunstancias de una sociedad europea contemporánea. Una sociedad que, aunque ya

libre y rica, aún no ha conseguido la plena posesión de sí misma, porque aún no ha descubierto cómo avanzar sin traicionar la parte mejor y más intransigente de su personalidad nacional.

España será grande, o no será España. Grande no por ser poderosa, sino por saber, sentir y, sobre todo, querer –más de lo que es razonable. España puede, de nuevo, ser grande, pero sólo si aprende, de nuevo, a inquietarse. La humanidad no precisa de una España desilusionada. La humanidad necesita una España que haya pasado por la desilusión de la desilusión. Una España que, interrogando a los sufrimientos de ayer y descartando la complacencia de hoy, construya una nueva forma –más pacífica, práctica, fecunda y humana- de engrandecerse.